

Juarma

Al final
siempre ganan
los monstruos



Todas sus historias empiezan y acaban en este lugar: Villa de la Fuente. La gente habla mucho de ellos, pero no sabe nada de lo que les pasa. Son los que se perdieron, los que andan en la droga, los que no se adaptan, los raros. El Juanillo, el Jony, Lolo, la Vanessa y el Cucaracha. Treintañeros con el pelo teñido y la música demasiado alta en el coche, beben cerveza y comen bolsas de patatas fritas, usan Tinder y se meten rayas, llegan tarde si es que llegan. Drogas, atracos chapuceros, líos en el trabajo y en el amor, mentiras y PlayStation. Todos sus problemas empiezan y acaban en este lugar: Villa de la Fuente. La gente habla de ellos, pero no tiene ni idea de qué sienten. Una novela coral, canalla pero tierna que presta oído y da voz a los que apenas pueden explicarse.

Entre Faulkner y Makoki, entre *Rebeldes* y Carson McCullers, un libro durísimo y divertido sobre un lugar y sobre no poder salir de él.

«Mamá dice que todos mis errores servirán como lección».

Centavito, ROMEO SANTOS

Destellos

Supongo que a todos nos pasan cosas raras. Ya sabes. La típica basura que muchos piensan que son movidas paranormales. Nunca le he dado mucha importancia a estas paridas y siempre lo he achacado a que no debo estar muy bien de la cabeza. Ni tan siquiera soy capaz de recordar cómo empezó o cuándo fue la primera vez que sentí miedo. Porque, tío, que soy el puto Lolo, ¿cuándo me has visto tú a mí tenerle miedo a nada? Bueno, tal vez a mi padre cuando me pegaba de niño y no sabía defenderme. Siéntate, Dani. Pedimos otro par de cervezas, ¿no? ¿Qué te pasa, tío? Estás cuajado. Voy al baño a hacerme unas rayas y enseguida te lo cuento. Pasa tú cuando salga, a ver si te espabilas.

Al principio era una luz amarilla, como un destello en un ángulo muerto de los ojos. No sé, no soy muy entendido en esto y supongo que tendrá algún nombre más científico. Pero vamos, tú entiendes lo que te quiero decir. Sí. Como un parpadeo que cuando giras la cabeza ya no está. Como si apareciera una estrella fugaz y de repente se esfumase. Como la luz de un teléfono móvil cuando tienes una notificación. Solo que mido uno ochenta y tres y la luz la veo a la altura de mis ojos. Es imposible que sea el móvil. De hecho, muchas veces lo siguiente que hago es ubicar el teléfono, queriéndome convencer de que se trata de eso. Pero qué hostias. No. Al principio era ocasional. Ya sabes. Ir de noche por la calle y ver la luz. Estar leyendo un libro y ver la luz. Hablar con alguien y girar la cabeza porque he visto la luz. No le daba mucha importancia. Pero llevo mucho tiempo en que la puta luz me está rayando un poco y no he sido capaz de contárselo a nadie.

La luz aparecía constantemente, sobre todo por las noches. Llegué incluso a googlear «VEO UNA JODIDA LUZ Y CUANDO MIRO YA NO ESTÁ». Pensaba que igual era algún síntoma de alguna enfermedad mental o alguna cosa más grave. Pero no encontré nada que me aclarase un poco qué coño era eso. Es decir, tampoco voy a ir a ver al payaso de mi médico. Mi historial médico es vergonzoso. Ya sabes que tengo antecedentes penales por agresiones y otras movidas, que he acabado un montón de veces en Urgencias, y solo me faltaría ir una mañana a decirle que veo lucecitas. Me encierran en una habitación acolchada y tiran la llave. Seguro que él lo achacaría a que dejé de tomar sin consultarle los antidepresivos con los que me trató tres años, obligado por aquel puto juez. Claro. Es lógico pensar eso. Médico no es cualquiera, tienes razón. Pero vaya, que la agresividad no me la quitaban las putas pastillas y solo me ha dado problemas lo de tomar esa puta basura tanto tiempo. Espera. Voy a volcar otro par de *lonchas*. Dile a ese payaso que nos llene.

Pero joder, Dani. Es que ya no era solo la luz. Empezaron los putos sueños raros y las pesadillas. Sí, una movida. Al principio parecían solo sueños. Yo qué sé. Pues los normales. Los que tiene todo el mundo. Eran siempre iguales. Me tomaba el Diazepam para poder dormir, me entraba la modorra y la luz empezaba a parpadear a mi izquierda y a mi derecha. Luego me quedaba dormido y me pasaban esas putas cosas raras. Vale, son solo sueños. Pero qué hostias. Te juro que me quedaba dormido y me despertaba no-sé-dón-de. En otro puto sitio. Hasta notaba que estaba en otra parte de un modo físico. Claro, pues lo flipaba bastante. Pero también sentía miedo, porque el sitio donde iba era extraño y no podía despertar cuando quería. Y joder, Dani. Que tú sabes que no le tengo miedo a nada. Que te estoy hablando en serio, tío. Las primeras semanas los sueños raros se convirtieron en eso: iba al lugar extraño, me escondía porque sentía el puto miedo y ob-

servaba. Sí, raro de cojones. Frío y como algo futurista, como una película mala de ciencia ficción. Había sombras que parecían algo así como personas. Era como estar aquí, pero de una forma diferente y tenebrosa. Las putas sombras pasaban de mí al principio, no me hacían caso. Entonces, con los días, me fui acostumbrando. Sí, claro. Es verdad. Una pena no poder hacer fotos para subirlas a las redes sociales. Ja, ja. Aquí, sufriendo. Veo el pie de la foto.

Pero es que no tiene ni puta gracia, tío.

Me aterraba ver la luz amarilla. Te juro que se me erizaba la piel. El otro día estuve de fiesta y me acosté a las dos o las tres de la tarde. Pfff, ya te digo si tardé en dormirme. Pero lo hice. Dos o tres diazepames. Hacía mucho calor y me pesaban los brazos y los pies. Cambiaba de sitio cuando sentía el hormigueo por el cuerpo y zas, llegaba allí. Pero ese sueño no fue como los otros. Una de las sombras me miraba. Le dio por ahí. Pero no se parecía a las otras sombras. Tenía cara, ojos y manos. Y daba mucho mal rrollo. Tenía la boca enorme y unos dientes monstruosos. Joder, pues claro que me asusté. Allí no me sentía tan fuerte. Allí nadie se acojonaba al ver mis cicatrices. Me sentía como cuando mi padre me pegaba y lo único que podía hacer era esconderme y llorar. Intentaba escapar de ella pero la puta sombra con dientes me seguía a todas partes. Hasta que le eché cojones, me paré delante de su puta cara y le grité que me dejara en paz, que era mi puto sueño raro y que no pintaba nada allí. Sí, claro, me puse hasta chulo y acabé gritando: «Vete de aquí, hija de puta»; repetidas veces. Y la sombra con cara, ojos y manos desapareció. Y claro, me sentía como cuando le parto la cara a algún estúpido en una discoteca. Sí, me sentía como de normal y fue el primer momento en que no tuve miedo dentro de los putos sueños raros. Era valiente y duro como siempre. Pero justo cuando dentro del sueño pensaba (qué movida, ¿no?, pensar dentro de un puto sueño) que no sentía miedo, el brillo de una luz amarilla me cegó un

poco. Entonces la puta sombra con los dientes grandes me agarró del brazo y me lo retorció. No podía soltarme y ella, porque la jodida sombra tiene la cara de una mujer, tiró de mi brazo y me apretó contra su cuerpo. Como si me fuese a estrangular. Intenté resistirme pero era como mil veces más fuerte que yo. Me sujetó el cuello y su boca asquerosa quedó justo al lado de una de mis orejas. Y comenzó a chillarme. No entendía lo que me decía porque estaba intentando zafarme, soltarme y patearle la cabeza. A cada golpe ella me apretaba más. Me hacía daño. Y me gritaba con una voz espantosa. Algunas cosas ya sí las iba entendiendo, pero otras no. ¿Que qué me decía? Eso no te lo puedo contar, Dani. Son movidas mías que no debe saber nadie. Lo siento, tío. Ya bastante tonto me siento contándote esto. Pues eso, que volví a sentir el puto miedo y sabía que la única forma de que la puta sombra dejara de hacerme daño era despertar. Pero joder, es que no podía. Cada vez la golpeaba más fuerte, pero no me soltaba. Gritaba, pegaba puñetazos con todas mis putas fuerzas, pataleaba, intentaba incluso morder, pero no podía salir de allí. Estaba tan angustiado que dentro del sueño perdí el conocimiento. No sé lo que pasó después.

Cuando desperté eran las tres de la madrugada. Llevaba como doce horas en la cama. Estaba sudando y me costaba respirar. Encendí la luz y observé cómo me sangraban los nudillos de ambas manos. Tenía arañazos en el cuello, en la cara, en las piernas y en la espalda. Y mira que me han metido hostias y tengo la piel tan dura como la de un lagarto. Lo primero que pensé fue, y joder, no te rías, que te reviento un tercio en la puta cara; tengo que llamar a la policía. Pero me pareció una idea tan absurda que me calmé un poco. Intenté respirar hondo, controlar la puta ansiedad y contar hasta diez, como me enseñó mi médico. Acabé contando hasta cien, mientras tomaba aire como un subnormal. Me fijé en que había sangre en el cabezal de la cama y en la pared con la forma de mis nudi-

llos, por lo que deduje que todo había sido una maldita pesadilla y que me había pasado la noche dándome hostias con todo lo que alcanzaba a mi alrededor. Pero estaba muy acojonado. Salí de la cama, me di una ducha fría, me puse algo de ropa y me fui a la calle. Serían las cuatro y pico de la mañana. Claro, en el Paranoid que me metí. Esto me pasó hace tres días. Sí, por eso te decía que llevo tres días sin dormir y sin comer. ¿No ves la puta cara que llevo, Dani? Me llegan las putas ojeras al suelo. ¿Has visto cómo tengo de reventadas las manos? El tatuaje que me hizo Álex en el puño da puto asco de mirarlo. Mira mis brazos, tío. Me paso todo el día en la calle, bebiendo con unos y con otros y poniéndome hasta el culo porque no quiero volver a dormir nunca. Ni siquiera me he presentado en el trabajo. Que les jodan. Que sí, tío. De farlopa nada más. ¿Qué os ha dado para comerme la cabeza con el puto *basuco*? No me rayes, tío. ¿Que si he vuelto a ver las luces? Espera, vamos a pedir más cerveza. Voy al baño a hacer más rayas, vuelvo rápido. Disimula cuando entres, que como nos diga algo le arranco los dientes de un cabezazo a ese puto camarero subnormal.

No, esta coca no es de Jony. Que le jodan a esa rata. Bueno, deja que termine de contarte esto, joder. Que me cuesta, tío. Que no es una puta broma, Dani. Pues eso. Que si había vuelto a ver las putas luces. Anoche estuve de fiesta con el Liendres. Nos fuimos del Paranoid a las cinco de la mañana. Sí, imagina cómo estábamos. Salimos, nos encendimos un cigarro y echamos a andar para buscar el puto coche del Liendres, que lo había dejado a tomar por culo. Como me veía muy pasado, me dijo que me acercaba a mi piso y que seguíamos metiéndonos coca allí, que ya sabes que al Liendres se la suda ir de empalmada al taller. Cuando llegamos al coche, su polla se para a liarse un porro. Voy a abrir la puerta para meterme dentro y volcar unas *lonchas* para el camino, pero antes de montarme en el Seat León, giro la cabeza nervioso porque

he visto otra vez la puta luz amarilla. Pero, y flipa con esto, el Liendres con el *puestazo* que lleva dice que también la ha visto. Me pongo nervioso, un poco agresivo, le interrogo sobre la luz amarilla y él jura que la ha visto. Sigo intentando sonsacarle algo, con ganas de soltarle una hostia por si me está vacilando, cuando de repente me dice:

–Tío, pues no veas cómo te mira esa pava. Creo que le gustas.

Pálido y acojonado, te lo juro Dani, me doy la vuelta. Y allí está la puta sombra de los dientes grandes. Sentada en la parada de un autobús, al lado de un puto anuncio de *Juego de Tronos*. Me mira y se ríe, mostrándome su dentadura asquerosa. El Liendres dice que caí redondo al suelo. Mira, aquí en la cabeza tengo la brecha que me hice al golpearme contra el asfalto. Me llevó a Urgencias porque no había forma de espabilarme y se asustó. Hace un rato me he despertado y no sabía ni dónde estaba, me he arrancado las vías de los sueros y he salido de allí corriendo. El Liendres se fue a trabajar cuando le dijeron que había sido por llevar tantos días sin comer y metiéndome farlopa, que estaba fuera de peligro. Normal. Ya sabes cómo son los putos médicos. La murga que te dan cuando te da un chungo por la droga. Yo también me hubiese pirado. Ni he pasado por el piso a cambiarme, mira las marcas de las vías, tío. Me fui a casa de la tía esa a la que me follo a veces para pillarle más coca. Luego he llamado al Liendres y jura por su madre que había una mujer allí, pero que parecía tan borracha que ni siquiera hizo por ayudarme cuando perdí el conocimiento. Que no se acuerda de cómo tenía la puta boca. Luego te he llamado a ti porque esta puta mierda se la tengo que contar a alguien. Solo lo sabéis tú y el Liendres. ¿Que qué voy a hacer? No me jodas, a un médico no le cuento esto en la puta vida. Que no, Dani. No me toques los putos cojones. ¿Lo que voy a hacer? Pues no voy a dormir. Ese es mi plan. Aquí no le tengo miedo. Anoche me pilló de sorpresa. Que le eche cojones

a venir a cogirme otra vez del brazo y decirme esas cosas que nadie debería saber. La estoy esperando.

Un gato negro

Dani me gritaba:

–¡Lolo! ¡Lolo!

Después estaba cubierto de sangre. Supongo que fue mi puta culpa. Suelo ser prudente y siempre que me subo a un coche lo primero que hago es ponerme el puto cinturón de seguridad. Pero no sé en qué hostias estaba pensando para no hacerlo. Ya sabes. Vas colocado, hablando por los codos, sin saber muy bien dónde estás y zas. Frenazo y sales disparado contra el cristal. Menos mal que este no se rompió y no acabé rodando por la calzada.

Me incorporé sin saber muy bien qué había pasado. Dani se sacó el cinturón, apagó la radio e intentó calmarme y ver qué me había hecho en la puta cabeza. Su nerviosismo me tocaba un poco los cojones y me cabreó muchísimo. Le empujé, me lo quité de encima y le grité que no me había pasado nada. Dani se puso pálido. Yo estaba algo conmocionado y solo era capaz de concentrarme en la sangre que me cubría los ojos.

La brecha que me hice en la frente es muy aparatosa pero no parece grave. Llevo unas semanas en las que no me caben más heridas en el cuerpo. Dani paró la hemorragia con un paquete de clínex. A mis pies y bajo el asiento quedó un puñado de pañuelos ensangrentados. Me preguntó cómo estaba y le respondí que bien. Me preguntó, acojonado, que por qué no llevaba puesto el cinturón y me eché a reír. Me dijo que bajaba porque creía que

había atropellado un gato. Salió del coche y yo tras él, sujetándome la frente con un clínex empapado de sangre. Eran las seis de la mañana y la calle estaba oscura. A unos metros del coche encontramos al gato muerto. Nunca llo-ro, pero por el ciego que llevaba o por el golpe o porque llevo un tiempo muy gilipollas, me emocioné un poco, se me hizo un nudo en el pecho y casi se me escapa una lágrima. Dani dijo que nos fuésemos de allí cagando leches, que como nos viese alguien nos metíamos en un lío. Me puse muy cabezón para que hiciésemos algo. Después de discutir un poco y amenazarle con patearle la cabeza, Dani aparcó el coche y decidimos quitar el cadáver de la carretera.

Llevaba una camiseta en una bolsa detrás del coche. Sin darle muchas vueltas y algo alterado, la saqué y fui hacia el cadáver, cubriéndome todavía la frente con un clínex. Dani estaba nervioso y paranoico con la idea de que pasase algún coche de la policía, nos cacheasen y nos metiesen un *paquete*, así que me hice cargo de la situación. Extendí la camiseta, cubrí con ella al gato, le di la vuelta y me lo llevé en el regazo hasta la acera. Dani, en su paranoia, insistió en que nos fuésemos de ahí y en que tirase el gato a un contenedor. Que los putos gatos negros traen mala suerte. Volvimos a discutir y lo convencí, más por sus ganas de salir corriendo y el miedo que me tiene, de dejarlo al lado del contenedor pero a la vista, por si alguien lo había perdido y estaba buscándolo. Lo dejé envuelto en la camiseta, lo miré por última vez, se me volvió a hacer un nudo en el pecho y me fui hacia el coche. La herida de la frente ya había dejado de escupir sangre y me encendí un cigarro mientras Dani, paranoico perdido, me acercaba a casa. Era el colofón perfecto a una noche jodidamente rara.

Por la tarde había ido a comprar unos discos y me había liado, para variar. No puedo poner un puto pie en la calle sin montar el follón. Llamé a Dani, que todavía pone cara de susto cuando me ve desde que le conté lo de que veo putas luces, pillamos unos cuantos gramos y nos fuimos al Music Club. Al rato de estar en el Music Club me encontré a una de las amigas de María, que nunca recuerdo cómo coño se llama. A sus amigas nunca les he caído bien, y lo entiendo. La saludé, fui sociable un minuto o dos y tal y nos volvimos a la barra. Al poco su amiga se acerca, más simpática de lo habitual, y comienza a darme conversación. Yo drogado. Que si esto, que si lo otro. Me dice que María está bien, que ya me vale no preguntar por ella, que igual se pasa en un rato. Aunque voy hasta el culo de cocaína y me da mucha vergüenza que María me vea así y por eso siempre la evito, decido no huir del Music Club. Llevo mucho tiempo sin verla, aunque siempre hemos mantenido contacto por teléfono o por las redes sociales. Estuvimos juntos un tiempo y nos quisimos mucho, pero ella al final acabó dejándome por ser un monstruo y un mentiroso, algo que entiendo perfectamente.

Cuando entré por la puerta del Music Club me hice el tonto y seguí hablando con Dani. María me vio y se acercó, con una sonrisa preciosa. Yo estaba como en una nube, no sé si por el alcohol y la cocaína o por tenerla a un metro de mí. Hablaba, me abrazaba, volvía a sonreír y en mi puto corazón, que he aprendido a tener escondido, era como si se hubiese desatado una tormenta tropical. Dani se fue al baño a meterse una raya y me dejó a solas con María, así que le pregunté si le apetecía una copa. Ella se quedó un rato conmigo. A pesar de vivir en la misma ciudad, apenas nos hemos visto cuatro o cinco veces desde que lo dejamos hace seis años. Le pedí un cubata de ron. Hablamos. Nos reímos. Me preguntó que dónde iba con

una bolsa. Le enseñé unos discos que me había comprado en Subterránea, una tienda de tebeos donde suelo comprar vinilos heavies de segunda mano, frente al Plantabaja: uno de Black Sabbath, *Sabotage* y otro de Thin Lizzy, *Bad reputation*. También llevaba una camiseta de Guadalupe Plata, un grupo de *blues-rock* que conocí gracias al Potas y del que me hice fan. Cuando María extendió la camiseta se partió de risa y me dijo:

—No me puedo creer que ahora te gusten los Guadalupe Plata.

De sus amigas, Lorena me odia especialmente. No ya por haberme portado mal con María, sino porque está convencida de que Chimo, el puto subnormal de su hermano, se metió en la coca por mi culpa. Tampoco le puse una pistola en el cuello en el caso de que fuera así. Lorena se acercó con mala cara y le dijo a María que se cambiaban de *pub*. Dani se dio cuenta de la movida a lo lejos, se acercó e intentó hacerse el simpático, pero no coló. María se despidió y se marchó. Mi corazón volvía a la calma a cada paso que daba hacia la puerta. Dani y yo llenamos. Nos pasamos toda la noche de la barra al baño. Cuando cerraron el Music Club nos quedamos allí dentro, porque somos colegas de los dueños, fumando, bebiendo y metiéndonos rayas. Salimos a las cinco de la mañana o así, y Dani me dijo que me llevaba al piso, que ni de coña me dejaba solo por ahí porque ahora todos están encima de mí como si fuese un puto bebé. Además, somos casi vecinos. Pues nada, tocaba retirada. Echamos a andar, encontramos su coche y nos subimos. Iba a ponerme el cinturón, pero en lugar de hacerlo le quité voz a la radio porque Dani había puesto al puto Romeo Santos a toda hostia. Al rato le pasamos por encima a un gato.

Cuando llegué a casa me di una ducha, me limpié la herida y la cubrí con una gasa y esparadrapo. Me senté en el

sillón y puse la televisión. Tomé un puñado de diazepam, porque sabía que no iba a ser capaz de dormir. Me encendí un cigarro, me puse unas cuantas rayas y me acaricié el chichón, cubierto con una gasa, y la brecha, ya curada, que me abrí hace unas semanas. Me eché también agua oxigenada en las heridas que me hice en los puños al golpear las paredes de los baños del Paranoid y las paredes de mi dormitorio algunas noches. Pensé en María y en el gato que habíamos atropellado. Y entonces me di cuenta de que había cubierto el cadáver del gato con la camiseta de Guadalupe Plata que compré por la tarde en Subterránea. A pesar de la pena y la rabia que sentía me hizo hasta un poco de gracia. En Teledeporte estaban echando los campeonatos de atletismo de no sé dónde. Cuando los diazepam empezaron a hacer su puta magia, me fui a la cama.

Me desperté a las tantas de la madrugada del día siguiente, con el cuerpo hecho un puto acordeón. Las pesadillas habían vuelto a ser espantosas. Había otra vez sangre cubriendo la pared y las sábanas. Los puños los tenía amoratados y cubiertos de sangre seca. La cabeza me dolía bastante y lo primero que hice al despertarme fue darme una ducha fría y volver a limpiarme la herida de la frente y las de las manos. Busqué el teléfono, que estaba todavía en los pantalones que me puse el viernes. Tenía un montón de llamadas perdidas y wasaps que supuse serían del paranoico de Dani, pero antes de responderle decidí abrir el Instagram para ver si María había subido alguna foto, alguna cita bonita o algo que significase cualquier cosa, por pequeña que fuera, sobre nosotros. Pero, joder. En su Instagram había un cartel de SE BUSCA GATO:

Gato negro de ojos amarillos de año y medio, pesa unos seis kilos. Perdido en zona de Traumatología el

día 13 de octubre. Se llama Mordisquitos. Llamar a Lorena: 6135451666.

El dentista

Si lo contara, la gente me diría: «Juanillo, estás como una puta cabra». Ya, ya. Pues no sé qué pollas se me pasó por la cabeza. A veces soy un poco pelicularo, ya sabes, me monto mis paranoias. Quizá mi mama tiene razón y la culpa es de las películas de kung-fu que veo a todas horas desde que era un chava. Pero yo qué sé. Bueno, yo soy así. Y no voy a cambiar ahora con cuarenta y tres años recién cumplidos. ¿Qué hago, mama? No puedo parar el tiempo, volver atrás y en lugar de fundirme los dineros alquilando VHS en el videoclub del Liendres haber invertido ese tiempo y esa pasta en algo de más provecho. Ya es tarde, ¿no? Es decir, ¿qué sentido tiene pretender cambiar las cosas? Las cosas son así y ya está. Unas veces todo te sale de cara. Y otras veces, como esta, todo te sale de culo. Y nada, allí estaba yo en la casa del Jony. Se me ocurrió que por si acaso debería tener algo para poder defenderme. Bajé al garaje y allí, en ese nido de urracas, entre las herramientas que tenía de cuando hace de albañil, vi un poste redondo de madera de pino, con acabado en punta, y me dije: pues me llevo esto.

¿Qué hacía yo en casa del Farriao? *La vin, compae*. Digamos que tampoco tenía nada mejor que hacer. No tengo faena estable, no tengo pareja, no tengo hijos. Me paso los días y las noches en los bares del pueblo, bebiendo con unos y con otros y metiéndome coca, que es lo que